THE MAN WHO SAW ME



Ferdinando Frega

GILLETTE: EL HOMBRE QUE ME VIO

Nunca tuve la suerte de tener un mentor.

Durante los primeros veintisiete años de mi vida, me encontré casi exclusivamente con mujeres. Mujeres de todo temperamento, toda sensibilidad, toda estatura intelectual y humana. Quizá la vida solo quería recordarme una verdad elemental: yo también era hijo de una mujer. Y vaya hijo.

Luego llegó 1992.

Una campaña política, construida en torno a un empresario de Cosenza del sector educativo que más tarde llegaría a ser diputado del Parlamento italiano contra todo pronóstico, cambió el rumbo de muchas cosas. No por la política en sí, sino por las personas que tuve la oportunidad de conocer. Fueron ellas quienes me abrieron la puerta de las posibilidades.

Yo era un novato en un mundo construido sobre la pertenencia. Nadie entendía de dónde venía.

La pregunta era siempre la misma.

«¿Por qué nadie lo ha iniciado? ¿Por qué nadie lo ha tomado bajo su ala?»

Me veían como una piedra bruta sobre la que aún nadie había trabajado.

Desde distintas direcciones llegaban invitaciones, acercamientos, propuestas. A menudo nacían en ambientes que tenían poco que ver con la cultura, la historia o el crecimiento interior genuino. Eran mundos sostenidos por la sumisión, la dominación y el simple ejercicio del poder.

Los observaba con respeto, pero desde la distancia.

Había salas en las que no quería entrar.

Y no entré.

Entonces, un día, recibí una llamada.

Era Gino Domanico, un verdadero maestro de vida.

Profesor universitario que había elegido dedicarse a la enseñanza, poseía esa rara elegancia de comunicación que no se puede enseñar ni imitar. Tras solo unos instantes de conversación, comprendí algo que entonces me pareció absurdo y que aún hoy sigo creyendo:

Acababa de conocer al hombre a quien confiaría una parte importante de mi crecimiento.

Me invitó a cenar.

Nunca fue un cortejo, ni una lección formal. Gino tenía un don particular: sabía leer almas y mentes. La mía era, probablemente, un libro abierto para él.

Nunca me explicó cuál era su papel, ni de qué tradición venía. Solo me dejó una frase que nunca he olvidado:

«Un día, cuando de verdad me veas, con o sin pantallas, sabrás quién soy y dónde estoy».

Incluso como novato, comprendí el sentido de aquellas palabras.

Era un hombre llamando a la puerta de un templo, pidiendo luz. No luz material, porque ninguno de los dos trabajábamos para una compañía eléctrica, sino la clase de luz que permite a una persona verse a sí misma con más claridad.

Gino hizo el primer gesto de acogida.

Luego llegó Tonino.

Una de las figuras más respetadas dentro de la institución, me observó solo un breve momento antes de hacer la misma pregunta que ya había oído muchas veces.

«¿Por qué nadie lo vio antes? ¿Dónde ha estado todos estos años?»

La respuesta fue sencilla.

«Trabaja en Cosenza. Nació en Reggio Calabria. Conoce a medio mundo. La gente lo aprecia. Y es uno de los nuestros. La única diferencia es que, tras su bautismo católico, nunca recibió ninguna otra iniciación».

Aquella respuesta bastó.

Se me permitió iniciar, del modo y en el momento debidos, el camino reservado a los Hijos de la Viuda.

Desde aquel momento, Gino nunca me llevó de la mano.

No le hacía falta.

Le bastaban una mirada y unas pocas palabras. Con él, un silencio podía contener más enseñanza que un libro de quinientas páginas.

Luego llegó el día.

Lo encontré allí, entre los bancos.

Silencioso. Casi severo.

El lugar exigía una postura particular, primero hacia dentro, luego hacia fuera.

Durante una breve pausa en el espacio exterior de la Cámara de Reflexión, la Sala de los Pasos Perdidos, nos encontramos uno junto al otro. Se acercó a mí sin decir mucho. Y sin embargo, en ese momento ambos sentimos la misma emoción.

Una emoción que nunca se ha desvanecido.

Treinta y tres años después, sigue aquí.

Quizá porque ciertos encuentros no pertenecen al pasado.

Siguen iniciándonos cada vez que los recordamos.

TFA
Ferdinando Frega

P. D.

Después de escribir esta historia, sentí que faltaba una pieza auténtica del mosaico. Bastaron unas horas de reflexión nocturna para entender cuál era.

Aquel verano Gino se alojaba en su villa junto al mar. Me había invitado varias veces a visitarlo y, una tarde, por fin encontré la ocasión de llamar a su puerta.

Me recibió con un afecto que nunca he olvidado, y fue en aquella ocasión cuando conocí a Teresa, la mujer de su vida.

Era joven, elegante y de una gracia natural. No pertenecía a la categoría de personas que buscan impresionar a los demás. Bastaban unos minutos para percibir una inteligencia viva, acompañada de una rara capacidad para entender a la persona que tenía delante.

Trabajaba en banca y ocupaba un puesto de responsabilidad. En los años siguientes oí comentarios sorprendentemente parecidos de amigos y colegas que la conocían bien: Teresa poseía una intuición poco común y una extraordinaria capacidad para evaluar la fiabilidad de las personas casi al instante.

Entre nosotros surgió una complicidad natural.

Era fácil entender que ambos queríamos profundamente a la misma persona. De formas distintas, naturalmente, pero con el mismo afecto de fondo.

Había encontrado una hermana de corazón a quien cuidar. Ella nunca lo expresó con palabras, pero a menudo tuve la sensación de que había reconocido algo parecido.

Aquel encuentro, sin embargo, produjo un efecto aún más importante.

Confirmó una convicción que el tiempo nunca ha desmentido: un buen mentor casi siempre se revela a través de los ojos de la mujer que camina junto a él. Ella no reemplaza a la madre, ni se confunde con ella. Completa el retrato humano del hombre.

Y mi mentor era uno de esos hombres.

Un cordial saludo,
Ferdinando Frega